

## **San Martín: un estudio sobre las prácticas territoriales de los jóvenes del conurbano bonaerense.**

Mg. Patricia Diez  
Dr. José Garriga  
Dra. María Graciela Rodríguez

### **A modo de apertura**

En este trabajo proponemos estudiar cómo los jóvenes habitantes del Municipio de General San Martín usan el espacio, sus apropiaciones y representaciones. Proponemos reflexionar sobre las diferencias del uso territorial según las pertenencias de clase, género y edad. Si bien analizamos los usos del territorio que hacen los jóvenes diferenciamos dos grupos etarios, con prácticas distintas y distintivas, sesgadas por el género y la clase. Cabe aclarar que no antepusimos estos tres ejes a la observación al modo de indicadores; hemos privilegiado estos tres ejes porque fueron los que surgieron en el mismo trabajo de campo.

En principio, las diferencias más marcadas son las relacionadas con la edad. En este sentido, en esta presentación optamos por discriminar, sólo a efectos argumentales, entre “adolescentes” para referirnos a la franja comprendida entre los 12 y 18 años, y “jóvenes mayores” para los sujetos que van de los 18 a los 25. Esta distinción resulta de la obtención de diversos grados de autonomía que los seres humanos van conquistando, justamente, a medida que se atraviesa la segunda década de la vida. No obstante, el hecho de tratarse de una característica que podríamos tildar de “universal” dentro de la categoría juventud, no necesariamente conduce a una igualación; hay otros factores que inciden en las prácticas territoriales y las modalidades de uso del espacio y que se articulan con la cuestión etaria. Uno es el género, que modela esas prácticas en marcos de significación asociados a lo que se espera socialmente de un varón y/o de una mujer. El otro es la clase, entendida aquí no desde una perspectiva económica, sino en su articulación con un desagregado de elementos tales como el lugar de residencia, el grado de institucionalización y/o de acceso a servicios, las trayectorias y credenciales educativas, entre otros. Si decimos que la clase y el género resaltan como datos relevantes respecto a las representaciones y apropiaciones del espacio, es porque lo que hemos registrado en San Martín es un espectro heterogéneo de prácticas que presentan sus particularidades según los modos en que se tejan la edad, el género y la clase

social.

Iniciamos esta reflexión desde una idea teórica. El espacio sin relaciones sociales es el objeto de estudio de la geografía y el análisis de las relaciones sociales que se dan en un espacio es el objeto de las ciencias sociales. Es decir, poco nos importa la topografía y cartografía de San Martín si no es para entender las formas relacionales de los jóvenes en ese territorio. Por ello, en estas páginas buscaremos desentrañar la lógica de distintas relaciones sociales y los valores que estas crean y recrean. Sabemos que estas relaciones sociales crean distintas configuraciones sociales según los contextos, pero no es la geografía la que delimita formas diferentes de socialización sino que, por el contrario, el tipo de lazo social que se construye en la interacción delimita diversas formas de espacialidad. Por ejemplo: algunos jóvenes de San Martín en un determinado espacio -el del estadio del fútbol- edifican una representación de su espacio asociada a los abusos, al descontrol, a la violencia y por ello cantan: “En San Martín hay más vino que en San Juan” o “... de San Martín hoy no se van”. Esta representación del espacio es el producto de un determinado tipo de relación social que crea una configuración determinada (Elias 1982). Los mismos jóvenes que cantan esas canciones desafortunadamente cuando mantienen otras relaciones sociales tienen ideas del espacio sumamente diferentes producto de los valores morales de otro tipo de relaciones.

Entonces, entendiendo que el territorio es un espacio de sociabilidad, de interacciones, de creación de grupos de pertenencias proponemos pensar dos usos diferentes del espacio: uno ordinario y otro extraordinario. En el uso ordinario se establece la interacción entre iguales, son los amigos, vecinos, compañeros del colegio que se reúnen cotidianamente. El término nativo que conjuga estas prácticas es el de “parar”. Los sentidos de esta expresión serán expuestos a lo largo del trabajo indagando las diferencias de clase, género y edad. Sin embargo, no es apresurado definir que señala una idea de pertenencia, define una idea de propiedad que lo diferencia a modo de opuesto de los usos espaciales extraordinarios: “salir”. Los jóvenes cuando salen, hacen usos de un territorio que no les pertenece, un territorio donde las relaciones sociales son diferentes. Salir remite a una idea de viaje y de encuentro con el “otro”, lugar de interacción con otros jóvenes. Lo extraordinario del uso espacial queda expuesto en la relevancia que tiene la preparación de la salida: se bañan, se cambian de ropa, discuten dónde ir, etc.

Si el trabajo se inicia con una reflexión sobre el imaginario que estos jóvenes presentan del territorio que habitan y transitan, en las páginas que siguen descubrimos cómo el imaginario territorial crea representaciones de San Martín como centro y periferia en relación a otros centros y a otras periferias. Esta idea de centro se articula con el espacio extraordinario, con el salir. Por otro

lado, la vida cotidiana se halla vinculada al “parar” y al barrio. Cada uno de estos espacios organiza distintos modos de pensar las relaciones sociales, y permite tramitar las jerarquías sociales y culturales desde marcos sesgados por el género, la edad y la clase.

De estas representaciones y sus prácticas tratan los párrafos que siguen. Sobre el final, retomaremos algunas cuestiones relevantes a modo de conclusión.

### **Dimensiones sociales e imaginarias del territorio**

Pío Baroja es un boliche bailable que queda en el centro de San Martín. En una entrevista grupal, uno de nosotros comenta: “me contaron que ahora está yendo gente de Capital a Pío”. Frente a este comentario, Clarisa contesta: “¡Sí! Es que pusieron micros desde San Isidro”.<sup>1</sup>

Coyote es otro boliche bailable ubicado en San Miguel. Juan dice que le gustaría conocer Coyote, y que algún día va a ir. Pregunta si San Miguel es Capital.<sup>2</sup> Pero escapando a sus deseos de conocer otros boliches y mientras realiza distinciones inherentes a su barrio, dice que allí hay gente que “tiene un bienestar muy bajo y otros que viven bien, quizá no tan bien como los que viven en la capital o por esos lados” y le preocupa que no “se ocupen” de la villa tanto como sí sucede con la “gente que habita capital o esos barrios urbanos”.

Tamara y Ayelén, que viven en la Cárcova, dicen ir a pasear a Palermo, San Martín o Villa Ballester, poniendo en serie, es decir asumiendo que hay elementos en común que permiten agrupar cosas distintas, un barrio de la ciudad de Buenos Aires con dos localidades del conurbano, San Martín y Ballester.

¿Qué es la “capital”? ¿Dónde queda? ¿En un solo lugar, o en varios? ¿Qué “capital” habita en estos comentarios? ¿La real o alguna otra imaginada? ¿Se trata de una frontera real o simbólica? Quienes en estos ejemplos hablan de la “capital”, antes que en límites catastrales, están pensando en un espacio ideal, investido socialmente de un significado y de un valor.

Partimos del supuesto de que el “territorio” es una categoría que debe entenderse en el cruce entre dos dimensiones: una material o geográfica, y otra social y simbólica. La primera es la que habitualmente se maneja desde el punto de vista del sentido común. En esta dimensión, además, han operado las *representaciones del espacio*, haciendo aún más pregnante esta modalidad de

---

<sup>1</sup> San Isidro es una localidad del norte del conurbano bonaerense.

<sup>2</sup> San Miguel es una localidad del noroeste del conurbano bonaerense.

comprensión del territorio como un espacio delimitado jurídicamente.<sup>3</sup> La segunda dimensión, la social y simbólica, señala por el contrario hacia las *prácticas espaciales*.<sup>4</sup> Aquí estamos en presencia de operaciones intersubjetivas relacionadas con los sentidos que los sujetos le asignan al territorio. Cuando se trata de experiencias relacionadas con el ocio, como es el caso de “las salidas” (especialmente las nocturnas), la “capital” se comporta como un polo imaginario abarcador de lugares que técnicamente pueden pertenecer o no a la ciudad de Buenos Aires.

De hecho, cuando Clarisa asocia la “capital” a San Isidro, no se está equivocando: está poniendo en palabras las fronteras simbólicas que hacen del conglomerado urbano de Buenos Aires una configuración socio-espacial que deviene de la superposición de dos sistemas espaciales configurados socialmente: el eje norte-sur, y los tres círculos concéntricos que lo integran: la ciudad capital, el primer cordón del conurbano, y el segundo (Grimson, 2008). Así, “salteándose” la frontera de la avenida General Paz (el límite geográfico), se arma “un *degradé* socioeconómico desde el Río de la Plata hacia el Riachuelo, definiendo las fronteras sociales y simbólicas “clásicas” en relación con la vida cotidiana de la ciudad y las identidades” (Ibid: 1). Clarisa resume en pocas palabras esta configuración simbólica, adosando San Isidro a la “capital”. En tanto polo imaginario, como bien lo muestran las narrativas precedentes, la “capital” es considerada “mejor” (más próspera) que otros espacios sociales.

¿Qué es “capital”?

Pero el valor asociado a la “capital” no proviene de sí misma, sino que debe ser restaurado a partir de la nómina de barrios específicos: Palermo, Colegiales, Caballito, zonas prósperas de la ciudad de Buenos Aires. Es esa “capital”, la que se difumina por el este desde el sur hacia el norte atravesando los límites jurisdiccionales, la que se construye imaginariamente. Esa “capital” y no otra, es la que atrae, fascina, alberga deseos, y también otorga prestigio. Desde otro lugar de enunciación, los tarjeteros de Pío publicitan el boliche asegurando que, por noche, tienen cincuenta personas de “capital” (de Caballito, Palermo, Colegiales) y –agregan- de Ballester.

---

<sup>3</sup> Las representaciones sociales del espacio pueden definirse, con Lefebvre, como los espacios concebidos y derivados de una lógica particular y de saberes técnicos, un “espacio conceptualizado, el espacio de científicos, urbanistas, tecnócratas e ingenieros sociales” (1991: 38). Según Oslender (2002), los saberes técnicos que configuran estas representaciones del espacio están vinculados con las lógicas de visualización hegemónica, implican por eso representaciones ‘normalizadas’, que simplifican su legibilidad.

<sup>4</sup> Según Lefebvre (1991), las prácticas espaciales se inscriben también en las rutas y redes que realizan los sujetos en la vida cotidiana y se refieren a las formas en que se genera, se utiliza y se percibe el espacio, por lo cual implican no sólo

En términos del estatus de imaginario de ese polo, importa poco si estas distinciones son “reales”. Podría decirse incluso que muchos de los elementos que lo componen se desconocen. De hecho, Juan quiere conocer Coyote, así como Tamara y Ayelén hablan de ir a pasear por zonas y barrios a los que no han ido nunca. Se trata de territorios ideales. Es que esta producción imaginaria del territorio (Álvarez, 2008) construye una espacialidad ya no material, ni económica, ni política, sino social, y por eso mismo cargada de sentidos; y por tratarse de prácticas, estos sentidos están sesgados por experiencias de clase, de género, de edad, etc. Desde esta perspectiva, la categoría de “territorio” pone en relación el espacio, los sujetos y los sentidos de las prácticas cotidianas, y señala que el propio espacio urbano está sometido a variadas distinciones socioculturales. Por eso mismo, exige focalizar sobre las subjetividades y las formas tanto individuales como colectivas de percibir la vida social asociadas a ese territorio (Oslender, 2002) para observar no sólo las transformaciones materiales sino también las modalidades de configuración de sentido de esas transformaciones, así como los usos, las experiencias y las distinciones derivadas de los atributos de los sujetos.

En este sentido, no habría “territorio”, sino “territorios”, y su conformación final dependerá tanto de la situación de quienes lo construyen, como de la del interlocutor (a quién se está comunicando esa construcción). La idea de “capital” condensa una potencia simbólica significativa que agrupa a un conjunto heterogéneo de lugares investidos afectivamente por los sujetos (Coyote puede ser parte de la “capital”, y también San Isidro), que sólo hace sentido en el juego interlocutorio: la serie Palermo-San Martín-Ballester que hacen Ayelén y Tamara, es la contratara de la misma operación que hacen los tarjeteros de Pío.

Cierto es que otro elemento que juega en esta construcción, refiere a fronteras concretas relacionadas con las distintas legalidades existentes entre los ámbitos de diversión de la ciudad, y los del conurbano, y concretamente, de San Martín.

Norberto, un ex mensajero en moto que trabaja en la administración de una mensajería, afirma que la actividad tiene tres leyes: “que los semáforos en rojo no existen; que las contramanos no existen; y que estas leyes sirven de la Capital Federal para acá. Con los federicos<sup>5</sup> no se juega”. Si los límites de lo legal son de hecho distintos según el territorio, las prácticas que juegan con estos límites también constituyen territorialidades diversas. Algunos de nuestros entrevistados

---

una manera de estabilizar la cuadrícula ordenada de la ciudad, sino que también portan “un potencial para resistir la colonización de los espacios concretos” (Oslender, 2002: 5).

<sup>5</sup> ‘Federicos’ es un modo de nombrar a los agentes de la Policía Federal, es decir de la jurisdicción de la CABA (Ciudad Autónoma de Buenos Aires).

comentaron que antes a veces iban a bailar a la capital; pero que han dejado de hacerlo por el tema de los controles de alcoholemia.

Sin embargo, los condicionantes concretos, referidos a la cuestión legal, se complementan con criterios de distinción que asocian la “capital” con lo legítimo. Juan, que sale en grupo, dice que no van a capital, en parte porque “la mayoría de los pibes son menores y no los van a dejar pasar (...) en ChanKanab, Pío, Rescate dejan pasar, en Bus<sup>6</sup> no sé. En capital no sé, me dijeron que no. Igual algún día voy a ir”. En estos criterios a partir de los cuales Juan comenta su decisión de no ir a capital, las legalidades y las legitimidades aparecen juntas. Se complementan.

¿Y qué es “el centro”?

Esta construcción territorial, que se trama con la catastral y la excede, que va delineando mapas cognitivos en diálogo con legalidades y legitimidades, que se elabora grupalmente y se confronta en diversas situaciones, se organiza, además, a partir de una figura peculiar. El trabajo de campo permitió reconstruir, en la dimensión imaginaria de las prácticas territoriales, un encadenamiento de varias localidades que se van constituyendo en “centros” según el lugar, o el nodo, desde el cual se esté pensando esa cadena.<sup>7</sup> Emilce, de la Cárcova, dice: “no te dejan ir ahí a Suárez a pasear”. Y Estela, a quien sí la dejan salir, va a Suárez al ciber y se encuentra con sus amigos. La madre de Ayelén no la deja salir mucho pero a veces va en bici hasta el centro de Suárez. Para Pedro y Julián, que viven en Suárez, la salida es a Ballester. Y para Anto, que es de Ballester, “salir” implica ir con sus amigas a bailar a San Martín.

Suárez resulta ser el “centro” para los jóvenes de la Cárcova. Asimismo, Ballester es “centro” para los de Suárez. San Martín es “centro” para los de Ballester (y también para el resto). Y desde la perspectiva de San Martín, que sería el centro simbólico por excelencia, Colegiales sería el “centro”.

Si bien no forma parte de las categorías nativas, podría decirse que cada una de estas localidades se convierte, por definición, en periferia de la que se ubica coyunturalmente como “centro”. Así planteadas las cosas, la cadena conformada de este modo pone en cuestión la definición dominocéntrica de centro-periferia, y pone de relieve las operaciones intersubjetivas de

---

<sup>6</sup> Chankanab, Pío Baroja, Rescate, Bus, son todos boliches bailables de San Martín.

<sup>7</sup> En verdad ‘cadena’ no es el más apropiado de los términos para describir esta dinámica. La figura de ‘cadena’ sugiere una secuencia lineal, como lo sería una línea de estaciones de trenes. La correspondencia y jerarquización de los centros

esta forma de espacialidad social concreta. Es esto lo que permite que a alguien como a Pamela, que vive en La Cárcova y está casi permanentemente custodiada por la familia, la cautive la posibilidad de ir a bailar a “La Catedral”, es decir “Tropitango”,<sup>8</sup> un boliche ubicado en El Talar de Pacheco, articulando de este modo gustos (“ahí van todos los paraguayos y a mí me encantan”, “me gusta la cumbia”, “ahí van todos los del barrio”) con su propia percepción de un centro. En este sentido, seguimos a De Certeau cuando diferencia entre el concepto de lugar, que señala un “orden según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia”, y el de espacio, que es “el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales” (1996: 129). Entendido de este modo, antes que un orden fijo, quieto e inmutable, este espacio implica vectores de dirección, velocidad y tiempo, es decir un lugar practicado, donde se realizan operaciones hechas por sujetos concretos (de Certeau, 1996).

“Todo el mundo está acá”

Anto nos dice, refiriéndose al centro nocturno de San Martín que “todo el mundo está acá”. Algo que luego se repite en varios interlocutores y que hace referencia a un espacio definido por las intersecciones de las avenidas Perón y 25 de Mayo. Esa esquina, según varios informantes, es el centro neurálgico de la diversión nocturna. Sin embargo, allí se encuentran sólo dos de las cinco discotecas más importantes de San Martín, Pío Baroja y ChanKanab. Numerosos bares rodean a estos boliches. Los otros locales bailables están alejados y no forman un núcleo denso de jóvenes. El tránsito, los lugares disponibles en la zona para beber algo, la aglomeración de jóvenes en el barrio, entre otros, hace que muchos de los habitués de estos otros boliches pasen por esta esquina antes de ir a bailar. Por ello es necesario desentrañar la frase repetida por nuestros entrevistados, ya que el deíctico “acá” señala usos divergentes del espacio, que se componen en el cruce de procedencia de clase, género y grupos de edad. Existen diferentes formas de estar “acá”: yendo a bailar a los boliches de la zona, visitando los bares antes de ir a los mismos, yendo sólo a los bares, pasando rumbo a los otros boliches, etc. El espacio es transitado de formas diferentes, según los actores sociales. Sin embargo, y afinando las precisiones, si bien numerosos jóvenes dicen que

---

y las periferias se produce más bien en forma reticular. Así, Suárez puede ser el ‘centro’ tanto para los jóvenes de la Cárcova como para los de Villa Maipú; y San Martín el ‘centro’ para los que viven tanto en Suárez como en Ballester.

<sup>8</sup> Tropitango es promocionado como “La catedral de la cumbia”, lo cual lleva a algunos de los jóvenes a llamarlo por este término.

todos están acá, aquellos que entrevistamos en Villa Cárcova no transitan por esas esquinas, ni siquiera de pasada. El límite de clase es sumamente claro. Los jóvenes de sectores populares que caminan por allí son los de los barrios más cercanos o los que tienen más recursos.

Aún así, esa esquina cobra relevancia en torno a una estación de servicio constituida en *espacio de fricción*<sup>9</sup> de los diferentes colectivos identitarios. Los tarjeteros de distintos boliches (enfrentados por posicionamientos pero no por “disputarse” el público ya que consideran que se dirigen a núcleos juveniles altamente diferenciados) se ubican una vez entrada la noche en el playón de esa estación de servicio. Prontamente, un lugar que durante el día es de paso, se constituye durante la noche en un espacio de intercambio que permite encontrar a “todo el mundo” en escasos metros. En última instancia quien circula por San Martín, tarde o temprano suponen, andará por allí. Una forma de percibir a los otros en un límite imaginario que supone la única existencia (y entiende la alteridad por ende) de quienes transitan dichos espacios.

Espacios en los que, claro, “chetos” y “negros” suelen mirarse mal y pelearse (también definidos en un rango etéreo menor como floggers y cumbieros). Pero eso sucede la mayor parte de las veces por la madrugada y no cuando la noche está en sus inicios. En este sentido, tres de los jóvenes nos contaban que cuando vuelven de madrugada en camino desde Bus hasta la estación de Suárez suelen pasar por Pío Baroja, y es entonces cuando es posible que algunos grupos juveniles se crucen en durísimas peleas. Por eso valoran que al grupo se hayan sumado “todos los pendejitos del barrio”, porque “a veces sale un bondi y seguro que ganás”. “¿Un “bondi” con quién?” “Con cualquiera que pase y te jetonee”. Parece, según la percepción de estos jóvenes, que eso suele pasar cuando alguno de ellos, en particular uno del grupo, está borracho. Algo que permite justificarse ante cualquier acción, desde “comerse un bagayo” hasta la posibilidad de acciones violentas por mínimos roces: “Él es el borracho de la banda. Él es el que ‘vamos a tomar una coca, no... vamos a tomar un vino’, entendés... él es el que lo miran y dice ‘¡¡¡vamos a arreglar afuera!!!’ ¡En todos los tiros está!”. Acciones que a la vez que permiten la intervención grupal en los encuentros violentos también tiene por implicancias que al otro día se lo recuerden y, en algún punto, recriminen: porque “no puede ser que cualquiera que se manda, al otro día ‘no, ¡estaba en pedo!’”. Juan también cuenta que le gusta ir de a muchos a los boliches porque se trata de su grupo de amigos, pero además porque en algún punto permite un diferencial de poder: “Tener cuidado es no buscar la pelea. Si no

---

<sup>9</sup> Claudia Briones discute la idea tan cara a los teóricos de la hibridación respecto a la fusión “cultural” en espacios de intercambio, a través del concepto de fricción que posibilita “explicar no solo cómo cuestionan ideas de identidad que examinan desde fuera, sino cómo desestabilizan lo que habitan provisoriamente desde dentro” (2005:21). Debe quedar

tenés ganas de que te peguen no vas a ir a buscar pelea, si son dos o tres no... salvo que el otro sea uno... en el boliche siempre hay diez como mínimo, a mi me gusta ir de a muchos”. También adhiere, sin saberlo, a la explicación de algunos de los otros jóvenes que atribuyen las acciones violentas a los consumos, cuando cuenta que cuando salen del boliche, “si estamos todos en pedo puede dar para la pelea”. Todo depende, dice, de las ganas que tengas de pelear o de las ganas que tengan los otros.

El pelear, o la posibilidad de hacerlo, resulta ser un modo de ratificar que en ese lugar “están todos”. Justamente, porque “están todos”, la forma que los jóvenes mayores varones tienen de testificar su presencia, es la pelea. Distinto es el caso si tomamos otros ejes de distinción.

A metros de la intersección de las avenidas mencionadas se encuentra Pío Baroja, un local bailable donde concurren jóvenes y adolescentes de clase media y media alta. En ese sentido, Anto, una adolescente de clase media, también nos ilustra con “un viernes a la noche, vos vas a Pío y está todo el mundo”. “¿Y quién es todo el mundo?” “Y... del Santa Ana, del Holters, del San Joaquín, incluso del José Hernández”. Tanto para Anto, como para los varones mencionados más arriba, “todo el mundo” abarca a quienes comparten la pertenencia de clase (el “incluso” de Anto invoca una suerte de deferencia). La vestimenta (zapatos, camisas, ropa de primera marca) señala el origen de clase de los habitués de este boliche, al igual que el precio de la consumición (no así el de la entrada que está apenas por encima de ChanKanab); sus gustos musicales también definen pertenencias. Como reza el sitio que promociona a Pío, allí se baila música “Electrónica-Dance-Pop-Latino-Rock Nacional-Reggaeton-Clásicos 80's y 90's”, mientras que ChanKanab anuncia “Latino / Cumbia / Cuarteto / Electrónica”. A metros de ahí los jóvenes que van a bailar a ChanKanab exhiben una pertenencia distinta (más cumbia, más zapatillas y más remeras). Aunque, de todos modos, entre Pío y Chankanab las diferencias son de grado. En ambos boliches la diversión pasa por el baile y los excesos con las bebidas alcohólicas pero los estilos de vida diferenciados y los límites sociales de lo posible en cada espacio social moldean también la afiliación a estos espacios de ocio.<sup>10</sup>

También es distinto el uso del espacio de aquellos que no entran en los boliches. Algunos, especialmente los jóvenes mayores, se quedan en los bares aledaños bebiendo hasta que promedia la noche y salen para Bus o Rescate, lugares que se publicitan con pistas de bailes dedicadas a la

---

claro en este punto que no estamos definiendo fricción en tanto confrontación entre grupos sino en los conflictos posibles en lo que a adscripciones identitarias y auto-adscripción refiere.

<sup>10</sup> Llegaremos a este punto en próximos acápite en los que veremos la vinculación entre entorno cotidiano y espacios de intercambio nocturno

cumbia, quarteto y/o cumbia colombiana. Esto implica que no se acercan a este cruce de esquinas, el “centro” nocturno de San Martín para luego ingresar en Pío o Chankanab, sino como paseo antes de ir a Bus o Rescate, es decir que sólo pasan y miran mientras se dirigen a esos otros boliches de San Martín. Hay quienes dicen, como Javier y sus amigos, que a San Martín van a “boludear”, lo cual luego es descripto como “a ver los borrachos, a ver las peleas, a ver las pibas”.

Lo que nos interesa destacar es que con sus prácticas, los jóvenes analizados inscriben sentidos y significados en el territorio de San Martín, o, siguiendo a de Certeau, lo espacializan. Para efectivizarse, la operación de espacialización se sirve de la inscripción simbólica del significado de las prácticas en una superficie material, a la cual se le atribuye sentidos. Siguiendo a Geertz (1987), el sentido que quedará fijado en la historia de las acciones, no será la acción en sí sino lo dicho de la acción. Queremos así dar cuenta de los modos en que sujetos en posición subordinada respecto de la cartografía urbana, ‘escriben’ ese mismo territorio con simbolismos que les son propios. El abordaje etnográfico nos permitió reconstruir esas inscripciones a partir de prácticas que ‘traducen’ ciertas modelizaciones respecto de la propia posición en ese entramado encadenado de centros-periferias, que se articula directamente con sesgos de clase, de género y de edad. Así, de la inscripción de la espacialidad social, surgirán diversos territorios, entendidos como el modo en que las tramas imaginarias se vinculan a prácticas concretas que dan cuenta de diferentes conflictos operantes en la sociedad.

Escribir el territorio: “salir” y “parar”

Debemos destacar que en esta investigación hemos privilegiado prácticas que tienen lugar durante el tiempo libre. En esta dimensión, la del ocio, hemos distinguido dos prácticas que, en verdad, funcionan como una suerte de tándem, o de cara y ceca de una misma moneda. Nos referimos a “salir”, y “parar” (o “estar boludeando”). Concebidas ambas como formas de habitar el territorio, podría decirse que se trata de una sola categoría pareada.

En tanto ámbito de socialización entre pares, el “parar” se constituye como espacio comunicacional. No obstante, este “parar” presenta diferencias según la posición social. Para Anto, el lugar de encuentro es afuera del Mc Donald's donde “siempre hay alguien conocido”. En ese lugar se sienta con sus compañeros a conversar a la salida del colegio, y allí se encuentran con conocidos de otras escuelas. Excepto los viernes, que tienen su salida nocturna, el resto de la semana, pasan allí varias horas hasta bien entrada la tarde. Sin embargo, para Esteban, ubicable

entre las clases menos favorecidas, la cuestión no pasa por ver a los conocidos, sino por encontrarse con sus amigos del barrio: “Es como que estés en San Martín y te vayas a Ballester, no tiene nada que ver. Este es tu barrio, acá te conocen todos. Vos te vas a la plaza y no te conoce nadie. Por eso, más que nada por la comodidad, vos vas a parar donde más cerca estés de tu casa”. Todos sus amigos son del barrio, los de Suárez u otros barrios son conocidos, destaca, pero no amigos. Y si bien Anto es de Ballester (vive a pocas cuadras del Mac Donald’s), el “parar” se vincula con encontrarse con “alguien conocido”, mientras que Esteban articula este “parar” con la amistad, por eso no iría a otros barrios. Aún más, para Esteban, el hecho de que siempre se junten los mismos es justamente un valor a destacar. En el primer caso se trataría de una escena de encuentros más o menos casuales, y en el segundo de una confirmación de afectos estabilizados. Acaso esta diferencia no se vincule tanto con el género sino con la edad, dado que para Anto este “parar” sería una de las (pocas) prácticas autónomas autorizadas.

Esta diferencia soporta, entonces, además del clivaje de clase y del de género, otro sesgo tramado en la misma práctica de “parar”: el de edad. Porque si para Esteban resulta mucho más socializador el estar en su barrio (con su grupo, del que no se separa tampoco en las salidas nocturnas) que ir a bailar, Anto se encuentra en los primeros tramos de su posibilidad de socialización autónoma, asociada, además, con la experiencia escolar: los “conocidos” son chicos de su escuela o de otras cercanas.

En ese sentido, el género es un factor clave en relación con los permisos parentales para el ejercicio de esta autonomía, como se verá más adelante. Sin embargo, si el género determina el rango de autonomía en relación con el territorio, esto tiene un vínculo intrínseco con el factor de clase: las diferencias en cuanto a los límites entre las chicas de La Cárcova y las de Ballester, son marcadas.

Con sus dieciséis años, Anto tiene una posición claramente diferenciada de las chicas de la Cárcova de edad similar. Mientras ella encuentra en espacios públicos su lugar de esparcimiento y ni siquiera nombra su casa como un articulador de los intercambios, los encuentros de las chicas de similar edad y escolarizadas en este barrio popular se producen casi con exclusividad en las casas de las mismas, a través de un rígido marco de interrelaciones “dirigidas” por sus familias. Eso sucede con exclusión de las situaciones en que las adolescentes logran desarrollar mediante argucias espacios subterráneos de autonomía mediante los que, por ejemplo, consiguen ver a escondidas y en su propia casa a un novio aún no declarado, pueden ir a pasear con otros chicos y por tanto salir a la calle o compartir espacios públicos con jóvenes que no formen parte de la familia aún cuando en

esas salidas se suele sostener el cuidado fraternal. Pamela cuenta que en ocasiones el chico con el que sale va a su casa, cuando su mamá sale durante la mañana y no supone dicho encuentro; Iris invita a su noviecito a la mañana a su hogar cuando queda al cuidado de sus primos y ellos permiten ese encuentro.

Si uno de los problemas para las chicas de La Cárcova es poder salir, para Anto y sus amigas lo constituye el que nadie se dé cuenta cuando alguno de los padres la acercan, junto al resto del grupo, aproximadamente a la una de la mañana a la estación de servicio donde se reúnen para ir a bailar, al igual que cuando los llaman a la mañana, ya de salida. Así, si bien sobre las mujeres adolescentes pesan más prescripciones paternalistas que sobre los varones, el límite de clase regresa, aunque encarnado en el medio en el que se habita, y en la “peligrosidad” del mismo (tal como es percibida, especialmente, por los progenitores).<sup>11</sup>

También es diferente a la posición de Esteban. La esquina parece ser un lugar no imaginado para las adolescentes por parte de sus grupos familiares. Claro que él es algo mayor que ellas que rondan los quince años; a su vez se distinguen de algunos adolescentes varones del barrio, de edad similar, quienes si bien tienen vedada la calle encuentran disponibles otros espacios públicos alternativos como el club o las clases y torneos de boxeo, por ejemplo. Por supuesto que no estamos hablando de todos los jóvenes, porque, además, aquí las instituciones cobran relevancia. Estamos hablando de “pibes” insertos en una trama institucional (al menos familia y escuela) y no de los jóvenes con respecto a los cuales construyen su alteridad en primera instancia: otros jóvenes del barrio presentes en las esquinas, que no van a la escuela y consumen, “se hacen los creídos”, “los más pillos”, “los rechorros”, “bardean”, portan armas y amedrentan en el barrio a los vecinos, etc.

Así, aunque “parar” se relaciona con estar una considerable cantidad de tiempo ocioso compartiendo experiencias con los pares, observamos que los varones de los sectores populares, en la medida que van creciendo, se apropian de algunos espacios para compartirlos con sus amigos y en esa operación los consideran propios (la esquina), mientras que las mujeres adolescentes de sectores medios consideran estos espacios una situación para ejercitar sus primeros permisos, y reconfirmar quiénes son los “conocidos”. Simultáneamente, las adolescentes de sectores populares poseen más restricciones para ejercer su autonomía, de modo que el “parar” se torna casi

---

<sup>11</sup> Si tomáramos estrictamente esta categorización, aquí ya nos encontraríamos en el terreno del “salir”. Sin embargo, este dato cobra relevancia en este punto de la presentación por contraste; es decir, es válido para poder pensar las diferentes posiciones de mujeres adolescentes de similar edad que abordan el espacio de modos diferentes. Mientras unas casi no podrían pensar en “salir” o “parar” otras jóvenes tienen un acceso mucho más dinámico, e igualmente desigual respecto a los jóvenes varones que nuevamente muestran una importante gama de diferencias en sus vinculaciones con el territorio.

inexistente. Lugar de reunión y/o de pertenencia, consideramos que el “parar” está atravesado por el triple clivaje (de clase, de edad y de género) el que cifra estas maneras distintivas de espacializar el territorio.

Habitados por un conjunto de personas que comparten “preferencias estéticas, musicales, de diversión, de consumo y de producción” (Chaves, 2005: 266), limitados, además, por las posibilidades de elección; los espacios ocupados para ello se diferencian según clase, género, edad. Sólo que aquí, en este caso, no se trata meramente de compartir los gustos, sino también de elaborar las propias experiencias con el grupo, generando, así, un sentimiento que se desarrolla en la pluralidad de resonancia de las experiencias (Le Breton, 1999). Estas experiencias adquieren sentido tanto para sí como para los otros miembros del grupo. La conversación y el intercambio de relatos de experiencias variadas permiten ordenar acontecimientos y opiniones. Así, de modos informales, se refuerzan los marcos de comprensión individual y grupal. Porque las evaluaciones personales que requieren los acontecimientos y las opiniones precisan de la confirmación grupal, lo que permite adquirir, en términos de Le Breton (1999), un sentido de pertenencia y de confianza cuando estos sentidos son confrontados con los modelos simbólicos hegemónicos que le atribuyen significación social.

Por el otro lado, “salir” implica ir al “centro” para mostrarse y ver a los otros; un “centro”, además, significado según la relación reticular centro-periferia que ya describimos. La lógica del “salir” difiere del “parar”. Si el espacio del “parar” se hace en las cercanías (la esquina del barrio o el exterior del Mac Donald's), en el “centro” de San Martín “está todo el mundo”. El “centro” no sólo es lejos del barrio, además, se va al “centro” con otra vestimenta y en otros horarios, sólo o en grupo, bajo la tutela de los padres o no.

Pero si en el “centro están todos”, por eso mismo, justamente, el “centro” no es de nadie. El lugar privilegiado que en esta red tiene San Martín, lo convierte en disputable: “todo el mundo está en San Martín”. Ese es el espacio del mirar, y del ser mirado. Allí, aunque se ven, casi ni se saludan y menos que menos se ponen a charlar.

Una noche nos encontrábamos en la esquina de la estación de servicio donde se juntan tanto los tarjeteros como los jóvenes y adolescentes antes de ingresar en los boliches. Allí se hace “la previa”. Conversando con una tarjetera, nos señala a un grupo de varones que estaban a metros de nosotros, también tarjeteando pero para otro boliche. Le preguntamos por la posibilidad de que nos presentara a esos chicos, para iniciar una conversación con ellos, y la tarjetera se negó, como si nuestra propuesta hubiera estado ‘fuera de lugar’. Ella conocía a los tarjeteros. Pero las reglas de la

interacción, y del tarjeteo en sí, les impedían socializar, al menos en ese momento y lugar. Aunque parezca una obviedad, las prácticas, que son acciones con significado, regulan las relaciones sociales. Cuando se desconoce el significado de las acciones, son las propias reglas las que se desconocen. Nosotros no participábamos del significado de esas acciones, y por eso nuestra conducta fue interpretada como ‘fuera de lugar’.

Con todas las diferencias que hemos destacado y la distinción de estilos, así como las consiguientes clasificaciones posteriores a la hora de acceso a cada lugar, también hay cuestiones en común en el “parar” y “salir”, algo que acerca dichas prácticas. Podemos decir que “parar”, sea como “apropiación” o como lugar “para ver a los conocidos”, se inserta en la lógica de la cotidianidad. Los chicos y las chicas “paran” con la misma ropa con la que se sale de la escuela, o con la que están; se “para” en horarios diversos pero cotidianos, que no impiden la concreción de otras prácticas habituales; es decir, un joven puede trabajar o estudiar (o ambas cosas), puede interrumpir ese tiempo para acceder a algún requerimiento familiar o social sin que ello altere su posibilidad de “parar” un tiempo después. En ese sentido, no es extraño observar que mientras “paran”, los grupos juveniles van mutando en sus integrantes. De pronto están constituidos por más o menos personas, quizá algunos dan una vuelta y vuelven, otros van a comprar algo para tomar, otros van hasta la casa y luego retornan, etc. Además se “para” en las cercanías de los espacios habituales, en el propio barrio aún cuando esto pueda traer inconvenientes con los vecinos.

En cambio se “sale” fuera de esos momentos habituales. Los/las jóvenes y/o adolescentes eligen minuciosamente la vestimenta y dan lugar a prácticas ritualizadas que forman parte del tiempo extraordinario, de lo no-cotidiano. Se “sale” a otro lado, a algún lado que no sea en las cercanías (sea efectiva o imaginariamente): ése es el “centro”. Se “sale” con otra ropa que la de todos los días; en horarios diferentes a los diarios.

Pero la importancia del “salir”, no se vincula solamente con que se hace en especial por la noche, y en torno de los circuitos de baile, sino que, además, es el territorio donde se descifran las pertenencias de clase. Salir es encontrarse con iguales y/o con diferentes, y procesar estas diferencias, y refrendarlas grupalmente.

“En el boliche” y “en la calle”. Lealtades, legalidades y legitimidades.

Como decíamos, San Martín, es de todos pero también de nadie y se convierte, por eso mismo, en un espacio en el que, en el día a día de la calle, se dibujan las disputas entre pertenencias

sociales y afiliaciones grupales, se demarcan nuevos territorios y fronteras construidas o bien sobre la base de diversos intercambios. Sin embargo, los “boliches” aparecen en los discursos como lugares en que no se pelea, en que el encuentro es con amigos o conocidos, donde se va y se sale en grupos.

Casi todos nuestros informantes dicen que el boliche no es buen lugar para la pelea ni las disputas -lo cual por supuesto no quiere decir que nunca se generen confrontaciones en su interior, no estamos hablando de un todo o nada, de hecho varios entrevistados recordaron las peleas que se suscitan en Bus entre simpatizantes de Chacarita y de Argentinos Juniors. Ese dato nos conduce a preguntarnos cómo es posible no pelearse “dentro” pero casi un imperativo hacerlo “en la calle”. ¿Por qué, si San Martín es un espacio disputado, no es así en el interior de los diferentes boliches? Podríamos argumentar que la presencia de los “patovicas” dentro de estos espacios cerrados obra como regulador de la violencia. La mayor parte de las peleas empiezan adentro y siguen afuera porque los patovicas los echan. Sin embargo estos no solo extienden su accionar a las calles (numerosas investigaciones y denuncias dan cuenta de que el accionar violento de estos también suele desarrollarse en ella) sino que además en la calle están “las patrullas” y más de una narrativa da cuenta de que luego de encuentros violentos suelen “caer” en las comisarías sin que la “yuta” escatime violencia.

Es entonces que percibimos que de algún modo cada “boliche” nos informa de comunidades de sentidos, basada en experiencias colectivas que fragmentan y que, marcas mediante, nos conducen a las diferenciaciones también visibles en el contexto social.

Para los jóvenes con los que charlamos existen dos tipos de boliches de San Martín. Por un lado, ubican a Pío, Soul Train o ChanKanab, y por el otro Bus y Rescate. En términos nativos la diferencia se ordena según la dicotomía: “chetos”- “negros”. Lo interesante es que la evaluación de los boliches siempre se realiza por la negativa. Es decir, los jóvenes que van a bailar a Bus, no argumentan que ese boliche es de “negros” pero dicen que no es “cheto” como Pío, ubicándolo en la misma categoría que Rescate. Y aquellos que bailan en Pío o en ChanKanab dicen que esos boliches no se llenan de “negros”.

El estilo es la señal que marca la diferencia entre estos dos espacios, y este estilo es reconocible por todos: habitués, los que pasean, los tarjeteros. Mientras los jóvenes que van a Rescate tienen un estilo “villero” –ropa deportiva, pelo muy corto, zapatillas, camisetas de fútbol, etc-, los que van a Pío tienen estilos diferentes: pelos batidos, zapatos de taco en el caso de las chicas, minifaldas, minishorts, mucha pintura, babuchas o pantalones chupines, camisas, etc.

Es interesante señalar que ChanKanab es para muchos un boliche que está a medio camino entre los “chetos” y los “negros”. Aquí la diferencia no parece transitar las dimensiones de la clase sino las construcciones de estilos. Uno de nuestros interlocutores, tarjetero de Pío, nos decía que la diferencia entre Pío y ChanKanab es que “es otra cultura. Nosotros no admitimos chicos con gorra visera, con claritos, con pelo corte militar, con zapatillas de resortes, ni chicas con calzas o vestidas de cualquier manera. Las chicas de Pío son más lindas, se visten más formales.” Los estilos están vinculados a la pertenencia de clase pero sirven, también, para marcar la distancia, señalar una diferencia, quizás más sutil, entre pertenencias similares.

Uno de los puntos que se usan para diferenciar los estilos de cada uno de estos grupos de boliches es la violencia. Una entrevistada nos decía:

Nunca fuimos a otros lugares así tipo bailantas y eso porque no nos gusta, son lugares más violentos y la gente que va ahí es diferente a nosotros”, “no digo que son peores ni mejores sino que son distintos”, “escuchan otra música más primitiva.

En la misma tónica, Anto nos decía que con sus amigas iba a Pío o a Soul, ya que Bus y ChanKanab le parecían “más pesados”. Lo pesado remite a la violencia. Estela decía que no iría a Bus porque “se arma el re-quilombo”. Bus y Rescate están asociados con las peleas. Esta asociación no es una representación de los que nunca pisan esas tierras sino también de los propios habitués. Uno de nuestros interlocutores señalaba: “en Rescate están todos los negros y a él le cabe estar con todos los negros como yo, no me cabe ningún flogger, Ningún chetito”. La distinción chetos y negros ordena las preferencias de los boliches; otro de los jóvenes que baila en Bus decía: “En Bus hay más negro, hay que tener más cuidado”. Este último prefería ir a bailar a un lugar donde debía tener más cuidado, en el que se sentía cómodo según sus formas estilísticas.

Es necesario mencionar que las referencias a lo “negro” no tienen que ver con particularidades fenotípicas sino con condiciones sociales y distinciones culturales. Cuando estos jóvenes hablan de “negros” no hacen mención ni al color de piel ni al cabello, lo “negro” remite a la procedencia social, ya que negro es una categoría socioestética vinculada a la pobreza. Las mismas características tiene el término “cheto”, que remite a un estilo, propio de una forma de ser en el mundo determinada por la pertenencia de clase (ampliaremos este punto en el apartado en “el barrio”). Entonces, es relevante observar cómo se vincula la violencia a la negritud por dos cuestiones. Primero, es ineludible exponer cómo se estigmatiza la pobreza –profundizada en ocasiones mediante la operación realizada por los “pobres”, que mientras hacen del estigma un

emblema, en ocasiones refuerzan las distancias-. Segundo, suele asociarse la violencia a boliches como Bus y Rescate y, sin embargo, las peleas aparecen como una dimensión posible y real en y entre los habitués de todos los boliches.

El tipo de relación social que los jóvenes configuran en el “salir” crea a la violencia como horizonte de lo posible. La sociabilidad fundada en el mirarse, en la distinción, en la otredad como figura constitutiva proyecta formas de intolerancia que pueden terminar con hechos de violencia. Pero aquí vale aclarar que son las normas morales de la relación la que permiten este desvío violento; estos jóvenes mantienen otras formas relacionales donde el vínculo con el otro no pasa por la violencia; por ejemplo, cuando “paran” estos jóvenes interaccionan con vecinos mediante relaciones tensas, conflictivas pero no violentas.

Decíamos antes que en el boliche no se pelea, o al menos se evitan los enfrentamientos, pero ello sí sucede en las calles del centro, una vez que se sale de los boliches. Las empleadas de la estación de servicio frente a Pío Baroja nos cuentan que los viernes y sábados se llena de jóvenes, pero antes que dentro de la estación “el problema” es afuera, entre los surtidores, y en la misma calle. Según sus narrativas, los jóvenes salen de los bailes borrachos y se revolean con todo, se agarran a trompadas, se tiran con cosas, “es una locura”.

Por otra parte, la violencia como posibilidad no es común a todos los sujetos sociales que fuimos analizando. Pero funciona como regulador, como atemorizante, como restrictivo. Anto y sus amigas por edad, género y clase tienen menos posibilidades de verse envueltas en una pelea en las puertas de un boliche que Juan, aunque escuchan acerca de peleas que les cuentan sus conocidos varones, y saben que es posible que suceda. (Los hombres más grandes y los que provienen de los sectores populares son más propensos a pelearse. La violencia está asociada a ciertos valores masculinos del honor y el prestigio, aunque es cierto que son muchas las chicas que se pelean. Valores que están más presentes en los sectores populares que en los medios – aunque, también, es cierto que en varias configuraciones sociales, no sólo en las de los más pobres, emerge la violencia como un valor positivo.

Algo similar sucede con los abusos de drogas y alcohol. En las relaciones sociales vinculadas al “salir” algunos jóvenes hacen de los excesos una parte importante de la interacción. Estar de la cabeza, descontrolarse y exhibirlo es una dimensión, para algunos, de las relaciones sociales que se dan en los boliches y en los bares. Obviamente, que no todos hacen del abuso una ley. Además el que lo hace una vez no lo hace siempre.

Respecto a las drogas y al alcohol existen grandes diferencias en el “salir” respecto a las edades. Aquellos que van a bailar a matiné encuentran esos espacios más tranquilos. Ayelén (Carcova) hace una distinción entre boliches, ella dice: “en Soul Train, cuando los pibes van a la matinée, hay menos droga; en Rescate, en cambio, hay mucha más droga.” Los usos y abusos suelen estar vinculados a los jóvenes más grandes. Estos, casi niños, se encuentran más controlados por los padres y es por ello que las posibilidades de excederse disminuyen. Así mismo, las chicas son más controladas que los varones por ello, también, se descontrolan menos. Además, no sólo es una cuestión de control externo. Para muchas chicas el exceso, el descontrol está asociado a lo masculino por ello no caen en esas prácticas para no perder “femineidad”; para otras jóvenes, que moldean su femineidad con otros valores, poco les importa parecer descontroladas y masculinas.

## El Barrio

Pero si, tal como decíamos, San Martín es un espacio en disputa, ¿cómo se construyen esas legitimidades en el territorio que sí es propio por excelencia, es decir, el barrio? ¿Qué está permitido y qué no en dicha geografía?

Veámos en las primeras páginas, siguiendo a de Certeau, que el lugar da cuenta de relaciones de coexistencia y, por sí solo entonces, no nos informa de sentidos sociales; mientras que el espacio, en cambio, tendría el efecto de orientar, circunstanciar y temporalizar, permitiendo la concreción de un lugar practicado (1996:129). A esta modulación del territorio, Augé la denomina “lugar” (1994). Más allá de cuestiones terminológicas, lo cierto es que Augé argumenta que el lugar (lo que de Certeau conceptualiza como el espacio) se particulariza porque un cierto número de individuos pueden reconocerse en él y definirse en virtud de él; además, allí se establecen cierto tipo de relaciones sociales que unen y vinculan a los individuos. Los jóvenes varones de sectores populares hicieron referencia al barrio como propio, demarcando fuertes sentidos de pertenencia. Estos jóvenes dicen que el barrio les pertenece porque lo conocen, lo usan, lo habitan. Cuando hablan sobre el barrio, rememoran los lugares donde habitaron y donde se juntan o juntaban con sus amigos. Caminar por sus calles, conocer sus bares y kioscos, utilizar las plazas, habitarlo crea sentidos de pertenencia. Un territorio propio. Las ideas de pertenencia hacen que los jóvenes deban defender su territorio de invasiones foráneas. Uno de nuestros entrevistados aseveraba: “Si estás en Maipú y alguno te mira mal te tenés que parar de mano, pero si estoy en la plaza no sé si me paro de mano porque estoy muy de visitante”. Lo propio y lo ajeno quedan en evidencia en la retórica de lo

local y lo visitante; en esta asociación lo propio debe defenderse. Las marcas de lo propio se forjan en la constancia de “parar” en una esquina, en una casa, etc. Los graffitis sirven para delimitar pertenencias. Estas prácticas parecen estrictamente masculinas, teniendo las mujeres un lugar relegado en la dimensión callejera de los barrios populares.

Por el contrario los sectores medios parecen más propensos a compartir sus espacios de pertenencia entre hombres y mujeres, entendiendo que además las ideas de pertenencia aquí son menos rígidas y los lugares de reunión parecen más plurales. Los espacios de reunión no son propios ni ajenos; no se constituyen en referencias de propiedad. Y esto tiene que ver con los lugares que se eligen para la interacción. Estos jóvenes se reúnen en un Mac Donald, en un quiosco o en la esquina del colegio. Nadie defiende el lugar de reunión a los puñetazos. El sesgo de clase, encarnado en este caso en el lugar de residencia, señala hacia otra distinción que desoye las cuestiones de género, y a la vez pone de relieve la cuestión de la edad. En los barrios más carenciados, como la villa Cárcova, la ausencia de espacios de socialización es una evocación recurrente de los entrevistados más jóvenes. Por ello el espacio de interacción es el colegio, o las casas particulares. Pocos de estos adolescentes salen del barrio. Los varones tienen un poco más de libertad para escapar de los controles familiares. Usan ese tiempo para andar en bicicleta, algunos van hacia la quema (el Ceamse) a buscar entre la basura cosas de utilidad y unos pocos hacen deporte. Y, como ya mencionamos, las adolescentes suelen recluirse en las casas, incluso para escapar al control parental. Pero las referencias son las barriales; pocos van hacia otros barrios o hacia el centro de San Martín, aunque en las estimaciones ese “centro” cuente con una alta valoración. Para estos adolescentes, las esquinas parecen ser un espacio de jóvenes mayores, o de “pibes” que no han podido sostener espacios de institucionalidad y sostienen buena parte de su vida cotidiana en la calle; espacio peligroso vinculado a las drogas y a las luchas entre grupos, en algunos casos habitados por “creídos”. Ser “creído”, en sus términos, es constituirse en “el que se cree más pillo que todos. El re-piola, el choborra, drogón, re-chorro”.

Estos entrevistados desnudaron una relación interesante entre estilos y territorios. Una de las entrevistadas decía que en el espacio que ellos habitaban no podían ser floggers, que solo eran intentos de floggers. El estilo demanda gastos, inversiones que no estaban al alcance de sus posibilidades materiales. Pero, además, hacían referencia a las sanciones de los vecinos y amigos que le cabría a quién toma un estilo tan alejado de las prácticas cotidianas del barrio.

La elección de los estilos vincula materialidad y producción simbólica de una forma compleja. La diferencia “cheto” - “negro” (entendiendo al flogger como un estilo “cheto”) permite pensar de qué manera se articulan las dimensiones culturales con la pertenencia social.

Los chetos son los que tienen plata, pero los floggers usan chupin, el pelo planchado... son muy apatasados. Hasta los días de lluvia se van a planchar el pelo. Se maquillan.

La dimensión de clase está expresada en la referencia al dinero, pero también a la dimensión estilística, que marca la falta de masculinidad y los excesos en el cuidado estético asociados a lo femenino. El estilo se articula con la clase de forma compleja señalando, además, pertenencias y representaciones territoriales, ya que un villero no puede ser flogger ni cheto.

Si el espacio del “salir” muestra el despliegue de los consumos, lo cierto es que es en “el barrio”, en la propia esquina, donde comienzan a desandarse los mismos a modo de precalentamiento. Dice Juan que antes de “salir” juntan “las monedas entre todos, a veces tienen unos, a veces tienen otros” y toman “de todo, cerveza, vino, fernet si hay plata”. Si una cerveza es cosa de todos los días, es en la previa a “salir” grupalmente que ese consumo se potencia, para seguir luego en las inmediaciones al boliche al que piensan entrar. Una vez dentro, el consumo continúa y en casi todos los relatos se concretiza la alta probabilidad de salir del centro nocturno borracho y, por supuesto, continuar ese consumo ya en la calle. La lógica en esos días parece ser hasta donde los recursos lo permitan.

En ese sentido, hay una diferencia importante en el uso de los tiempos en la semana o los fines de semana. Casi cómicamente, tres jóvenes entrevistados grupalmente dan cuenta de que los lunes y martes son los días más tranquilos, que toman algo pero siempre en forma limitada, los miércoles quizá “de y nos vamos a bailar a Rescate”, pero los grandes despliegues se reservan para los fines de semana que comienzan los viernes pero incrementan la participación de los jóvenes los sábados.

Como Pedro, que nos dice: “en la semana sabés que no podés caer en pedo en tu casa ¡Pero en el fin de semana! ¡Dale, vamos para adelante! ¡Después me voy a dormir 20 horas!”

**A modo de cierre**

Hemos analizado dos tipos de relaciones sociales, aunque toda tipología es conceptualmente limitada nos animamos a recorrer los caminos de la caracterización. La primera tiene que ver con relaciones entre iguales, sociabilidad de pares que en la interacción definen valores morales y ordenan el mundo simbólico. La reunión con amigos, las discusiones del orden simbólico que prescriben el universo, sientan posiciones sobre lo que uno es, lo que son sus amigos y define a los otros. Proceso de ordenamientos del mundo que define, por ejemplo: qué es un flogger, quién es flogger, qué es ser cumbiero, qué es Bus, qué es Pío, quién va a tal lado, cómo vestirse, qué consumir, etc. Estas interacciones se dan cuando uno “para”.

El segundo tipo de interacción, sería “salir”, ir a “otro lado”. En esta interacción se da el contacto con otros diferentes. Salir es mostrarse, es hacerse ver y ver al otro, a ese otro que construyeron grupalmente. Confrontarse con él. Este segundo momento puede darse efectivamente, o puede ser más “deseo”, ganas, atracción imposibilitada de concretarse. Pero funciona igual.

Aquí mencionamos el deseo sobre la interacción con la otredad como una posibilidad que tiene límites. Los jóvenes vecinos de la Cárcova posiblemente no puedan pisar nunca Pío. Pero también es cierto, que dadas las formas de definirse en el mundo – formas que articulan lo material con lo cultural-, no irían. De la misma forma, los jóvenes como Anto que no tienen límites materiales para visitar boliches como Rescate, igualmente no lo hacen porque sus formas culturales se lo impiden. Unos aducen que no van porque son todos “chetos” y los otros dicen lo mismo pero usando la negritud como argumento.

Y aquí el territorio imaginado se vuelve un dato sumamente relevante. Ya que son las idealizaciones del otro, que funcionan más de las veces como estigmatización, las que construyen las imágenes espaciales y sociales.

Es así que las representaciones del centro funcionan iluminando un núcleo de legitimidades aceptadas por todos. No importa si el centro es San Isidro o Colegiales para unos o el centro de San Martín para otros, importa que el espacio idealizado del centro destella sobre las periferias señalando pertenencias deseadas y pertenencias reales, lugares legítimos y lugares ilegítimos. Existen “centros simbólicos” que sin ajustarse a la demarcación catastral operan como centros al acercarse al corazón de las cosas (Geertz, 1994).

Sin embargo, estas construcciones –dinámicas y cambiantes- siempre son objetadas, al mismo tiempo que reconocidas. El mismo joven que ve con admiración y deseo las luces del centro dice que ahí son todos “chetos”, que son “putos”, para terminar la frase con un “aguante San

Martín”. El territorio funciona como argumento que legitima valores sobre algunas relaciones sociales y que permite valorar otras según formas deícticas.

De hecho, este análisis ha seguido un modelo de *análisis relacional* (Tilly, 2000) con el que pretendimos, antes que construir generalizaciones, dar cuenta de las relaciones en torno al territorio que se establecen entre diversos actores de la sociedad, en este caso, la de los jóvenes de San Martín contemporáneos. En este abordaje, intentamos vincular las condiciones estructurales con las agencias y las competencias de los jóvenes para atribuir sentidos a sus prácticas. El análisis relacional permite reconstruir la construcción de la espacialidad que producen los jóvenes en estrecho vínculo con los otros con quienes se relacionan. Consideramos, en ese sentido, que esta perspectiva contribuye a comprender aspectos cualitativos de las relaciones sociales que organizan a la sociedad en la que vivimos y provee, de este modo, un punto de vista complementario al de los datos estadísticos, que resulta relevante para la producción de políticas públicas.

Asimismo, la investigación respondió a la adopción de una *perspectiva multidimensional de la desigualdad* (Reygadas, 2008) que no agota su explicación en las instancias económicas productoras de desigualdades persistentes, sino que intenta articular éstas con las categorías nativas que las ordenan y las legitiman. El dispositivo metodológico que utilizamos se basó en dos premisas-tareas, puestas en juego de modos consecutivos. En primer lugar, realizamos un trabajo exploratorio en el que registramos los sesgos que subtienden las relaciones sociales tal como son establecidas por los propios sujetos: en este caso, los ejes de género, edad y clase (expresada ésta última en forma de atributos desagregados de la categoría de clase socio-cultural, como por ejemplo, lugar de residencia, credenciales educativas, acceso a instituciones, entre otros). En segundo lugar, y una vez identificadas estas modelizaciones nativas, nos orientamos a pensar de qué modo estos ejes organizan la construcción de la espacialidad. El trabajo de campo nos permitió observar, en movimiento, las heterogeneidades y disyunciones de estas especialidades según la manera concreta en que esos ejes se combinan.

De este planteamiento metodológico surgen algunas observaciones que quisiéramos señalar. Al combinar distintos criterios, como clase social, género y edad,<sup>12</sup> el análisis se densificó. Si tradicionalmente los análisis reservan las categorías sociales a una de clase ‘en el papel’, para parafrasear a Bourdieu, las inflexiones reconstruidas en el trabajo de campo iluminan las heterogeneidades resultantes de aquella combinación, y habilitan a reflexionar sobre los diversos

---

<sup>12</sup> En interés de generalizar para otros análisis a futuro, es importante remarcar que estos criterios surgieron etnográficamente. Podrían haber sido otros. En todo caso, habrá que tener en cuenta la teoría nativa para no imputar, analíticamente hablando, criterios propios de los analistas.

modos en que la desigualdad es vivida, y, por ende, reproducida. Por poner sólo un ejemplo, la experiencia de la desigualdad no será la misma si se trata de una mujer adolescente habitante de una zona residencial del partido, que para un varón mayor de veinte años que vive en un asentamiento empobrecido y sin acceso a los servicios elementales. Esto significa que, a pesar de que ambos caerían, sociológicamente, en la universal categoría de “joven” tal como la definen los organismos especializados (como el INDEC o la OIJ, por poner algún ejemplo), cada uno de ellos presentará especificidades no sólo de tipo estructural sino también según diferenciales asociados con el género, el lugar de residencia y la edad.

Los casos así delimitados no implican “taxonomías” derivadas de ‘tipos ideales en el papel’, sino, más bien, ejemplos, o expresión, de las texturas de las prácticas territoriales. Texturas que, además, sólo cobran existencia plena en su dimensión relacional, es decir, no como entidades separadas sino, antes bien, en su interacción con los otros. Esto implica arrojar luz sobre las relaciones que dan cuenta, como afirma Williams (2003), de una organización general. En suma, analíticamente nos interesó captar y describir las interacciones entre prácticas asociadas al territorio, y especialmente de los modos en que son vividas, experimentadas y representadas por los sujetos.

### Bibliografía

- Alvarez, Gabriel: “¿Nuevas terrae incognitae o territorios estigmatizados?: una contribución geográfica a la lectura de ‘espacios en blanco’ y lugares en el partido de San Martín”, inédito, Seminario Geografía y Estudios Urbanos, Ehu, LECS, UNSAM. 2008.
- Augé, Marc: *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona: Gedisa, 1994.
- de Certeau, Michel: *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 1996.
- Briones, Claudia: “Teorías preformativas de la identidad y performatividad de las teorías”. En: *Revista Tabula Rasa*, 2006.
- Chaves, Mariana: “Los espacios urbanos de jóvenes en La Plata”, Tesis doctoral, Universidad de la Plata, inédita, inédita, 2005.

- Elías, Norbert: *La sociedad cortesana*. Fondo de Cultura Económico, México, 1982.
- Geertz, Clifford: “Centros, reyes y carisma: una reflexión sobre el simbolismo del poder”. En: *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Paidós, Barcelona, 1994.
- Geertz, Clifford: *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Méjico, 1987.
- Grimson, Alejandro: Grimson, Alejandro: “New Urban Borders and Social Movements in Buenos Aires”, en *Antipode*, 2008.
- Le Breton, David: *Las pasiones ordinarias*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.
- Oslender, Ulrico: “Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una ‘espacialidad de resistencia’”, *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. VI, Nro. 115, junio, 2002.
- Reygadas, Luis: *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*, México: Anthropos, 2008.
- Tilly, Charles: *La desigualdad persistente*, Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Williams, Raymond: *La larga revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.